

Un pueblecito

DESARROLLO

POR M. MOLINA

Lucena 21 de junio de 1967

Villa del Deseo es un pueblo joven, casi infantil. Por ello se entusiasma cuando algo nuevo se ofrece a sus ojos o a su curiosidad insaciable. Todo su empeño, toda su enorme vitalidad, la pone al servicio de aquello que le atrae, como el niño ante el desconocido juguete, hasta que hurgando aquí o allá acaba por desbaratarlo. Y entonces el juguete inútil, como la novedad deshecha, roto ya su encantamiento, se arrojan al más apartado rincón, donde el polvo del diario transcurrir los cubre de olvido.

Villa del Deseo, como se ha dicho, gusta de probar las cosas nuevas y de jugar, con singular seriedad, a su ejecución. Y a sus manos llegó, no sabemos como, un inusitado e incomprensible juguete: el desarrollo económico.

Tal vez fué humorada de un burócrata de la capital, tal vez despiste de aburrido mecánografo. Lo cierto es que un buen día recibió el Concejo un memorandum —tremenda palabra—, acompañado de extraña estadística y enrevesados gráficos, —¡qué de sudores costó a los sabios locales interpretarlos!—, con objeto de incluir el pueblo en un Plan económico.

Aquella temporada todo el mundo —el limitado y minúsculo mundo de Villa del Deseo—, estudió hasta la saciedad o, mejor, hasta la indigestión, teoría económica. Smith, Ricardo, Keynes ..., llegaron a ser personajes populares, héroes legendarios. No solo se llegó al conocimiento teórico, sino que se experimentaron las leyes económicas. Claro que sin mucho éxito. Y es que

la Naturaleza, sobre todo la tierra joven y juguetona de Villa del Deseo, a quien no satisfizo el remoquete que le pusieron de «infraestructura», les jugó una mala pasada, al no adaptarse a las teorías de David Ricardo, ni al rendimiento creciente o decreciente, ni a nada.

El pueblo, sin embargo, no cayó en desánimo. Elaboró un completísimo y documentado Plan, quemándose las cejas y el intelecto. Allí se previó el futuro, un futuro en que Villa del Deseo sería emporio de riqueza, con novísima organización financiera donde la moneda, el dinero, causante de todos los males y miserias del mundo, según se decía en el preámbulo, era abolido. En su lugar, para evitar el penoso trueque de cosa por cosa, a semejanza de cierto cuento ruso, los técnicos de Villa del Deseo proponían la creación de una especie de valecitos, garantizados por el Estado, que se cambiarían por los bienes, por el trabajo y que serían medida del valor de las cosas (!!).

Lástima que al llegar el grueso volumen del Plan a la Superioridad —una Srta. auxiliar en funciones de suplemente del encargado de Sección—, sin comprender gran cosa de la suma de sabiduría que encerraba, lo arrinconara despectivamente, entre empolvados legajos, que llevaban el eterno e imborrable estigma de «pendiente de estudio»...

Fuese olvidando todo. La normalidad, el trabajo, base real de toda riqueza, rindió sus frutos de bienestar y Villa del Deseo volvió a su vida tranquila, feliz...